



El salón de Ona

En el corazón de un pequeño pueblo vivía Ona, una niña alegre y observadora. Tenía el pelo liso y negro como una noche sin luna, y soñaba con transformarlo en algo mágico y especial.

Un día, mientras paseaba por la calle principal, descubrió una peluquería que nunca había visto. Se llamaba «El salón de los sueños» y la dirigía la señora Espejo, una estilista famosa por convertir los deseos de sus clientes en realidad.

Ona entró llena de curiosidad. Los espejos no mostraban solo reflejos: en ellos aparecían momentos de los sueños de otros visitantes, con flores que bailaban, estrellas parpadeantes y montañas de colores cambiantes.

La señora Espejo la recibió sonriendo y la invitó a sentarse en una silla que parecía flotar. —¿Qué sueñas hoy para tu pelo, Ona? —preguntó, con su varita preparada.

—Quiero que sea como una noche estrellada, llena de misterio y belleza —respondió la niña.

Con un movimiento suave, la estilista comenzó su magia. El cabello de Ona se llenó de luces diminutas y empezó a ondularse, como un



lago tranquilo bajo el cielo nocturno.

Después cogió unas tijeras que parecían cortar el aire. Sus manos se movían como en una danza y cada mechón que caía soltaba un pequeño destello, como si naciera una estrella.

Cuando terminó, Ona se miró y se quedó maravillada. Su pelo seguía siendo negro como la noche, pero brillaba como un cielo lleno de estrellas y reflejaba la belleza de sus sueños.

—Ahora lleva los misterios de esas noches que tanto te gustan —dijo la señora Espejo.

Ona salió con una sonrisa radiante. Además de un peinado nuevo, llevaba una confianza renovada en su imaginación. Cada vez que miraba su pelo, recordaba aquel salón donde un deseo se había convertido en magia.

Y continuó descubriendo el mundo con su belleza propia y la ilusión de que sus sueños podían inspirar cosas maravillosas.